

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

DEL APACIGUAMIENTO A LA GLOBALIZACIÓN

A lo largo de la campaña propagandística que antecedió a la celebración de las elecciones presidenciales norteamericanas de 1952, cuando se parangonaban las dialécticas respectivas de los dos aspirantes a huéspedes de la Casa Blanca —Stevenson y Eisenhower—, no era difícil inducir el contenido específico de ambas tesis argumentales. Diríase que si Eisenhower parecía supeditar todo a la preocupación de coleccionar sufragios, en contraste, Stevenson se nos mostraba, más que pendiente del epílogo electoral, preocupado por designios de tipo permanente en lo que atañe al modo de perfilar perdurablemente la política internacional de los Estados Unidos. En una palabra: Eisenhower se dirigía a las grandes masas, en tanto Stevenson tendía a conectarse con las minorías pensantes y responsables. Hemos de agregar, en nuestra preocupación de ser sinceros, que si Stevenson propendía a la serenidad, no podía desligarse de una conexión: la de pertenecer a un partido —el demócrata— que venía usufructuando el poder sin discontinuidad desde 1932, y cuyas directrices internacionales no podía trincar y aún menos contradecir.

Llevado al triunfo Eisenhower, tornó la espalda a cuanto implicase puesta en acción sistemática de una política internacional inversa a la demócrata, y optó por iniciar primero y acentuar después el carácter positivo de la política internacional norteamericana, positivización que, en la misma medida en que se fortalecía, inversamente, en idéntica proporción, las posibilidades a cargo de la iniciativa rusa —hasta entonces prácticamente ilimitadas— experimentaban una perceptible merma. Para alcanzar tal objetivo, Eisenhower ultimó la cadena de pactos que ligaban a los Estados Uni-

dos con potencias europeas o asiáticas. Así se concluyeron, tras la ascensión al poder de Eisenhower, dos tratados de alianza con naciones geográficamente tan alejadas entre sí como Corea del Sur y España; con la primera el tratado de Seul de 7 de agosto de 1953, y con la segunda los pactos de Madrid de 26 de septiembre de 1953. Esa cada vez más extendida cadena contractual constituye el exponente específico de la política internacional patrocinada por Eisenhower, emproada hacia la globalización, presencia de Norteamérica en las cinco partes del mundo que constituye la imagen invertida del aislacionismo.

Pese al carácter espacialmente dilatado de la política internacional norteamericana, debe tenerse presente que los pactos concluidos por Norteamérica son portadores de una doble condición: 1.º, su significación defensiva y orgánica a la vez; 2.º, todas esas convenciones se han concluido con naciones perceptiblemente discrepantes del régimen político imperante en Moscú. Algo pespunteaban todos esos convenios: propósito de precaverse frente a los riesgos de una política internacional expansionista proveniente de la U. R. S. S.; de ahí una consecuencia: el carácter anticomunista de los citados convenios. De esa especie de política internacional de cruzada, nos ofrecía una prueba más Norteamérica, al sugerir y lograr la aprobación en Caracas de una declaración en la cual se refleja el propósito de proscribir el comunismo del hemisferio Occidental. Para vencer posibles resistencias respecto de estos desig-nios de alcance continental, Foster Dulles, con innegable habilidad, prefirió, a combatir de frente el comunismo, tildarlo de portador de lo que se ha denominado, acertadamente, «mal de América» —la intervención en los problemas políticos de los Estados—, y si Hispanoamérica había dirigido obstinadamente sus esfuerzos dialécticos a lograr la excomunión de la intervención (como lo alcanzó al signarse en Montevideo la Convención de 26 de diciembre de 1933, relativa a los «Derechos y deberes de los Estados», en cuyo art. 8.º se condena la intervención), no podía desoír las sugerencias formuladas por Foster Dulles en Caracas, ya que si estimamos condenable la intervención de un Estado del Nuevo Mundo, en otra nación del citado continente aún resulta más acentuada la peligrosidad de la inmixción, si ésta —como es ahora el caso— es patrocinada por una nación extraamericana, en parte proselitista y al propio tiempo pseudocomunista (comunismo rusificado). Es cierto que algunas Repúblicas hispanoamericanas exteriorizan el

temor de que una contraintervención norteamericana, como reacción frente a una intervención precedente rusa, afectase de modo directo a la vigencia del citado art. 8.º, incluido en la mencionada Convención de la VII Conferencia Panamericana.

Así, Norteamérica avanzó en el sentido de positivizar su política internacional, con el agregado del factor genérico, reflejado en sus inclinaciones abiertamente anticomunistas. De ese modo se acentuaba cada vez más perceptiblemente la vigencia del sedicente dilema Wáshington-Moscú y en el mismo sentido se robustecía la tesis de la incompatibilidad del mundo libre y de las tierras sometidas a un progresivo e implacable proceso de satelitización. Ello explícitamente había de contrariar a los que se obstinan en desligarse de los efectos del duelo Wáshington-Moscú, propugnando la puesta en práctica de una especie de neutralismo, rotulándolo con el apelativo, aparentemente seductor, de la «tercera posición», inclinación inhibicionista, perceptible en ciertos medios del mundo occidental europeo, especialmente en Francia, sobre todo desde que esta nación se encuentra situada ante el inaplazable trance de ratificar o no el tratado de 27 de mayo de 1952. Esa inclinación al desistimiento ha encontrado una especie de refuerzo dialéctico en la tesis construída por Stevenson, en la última de sus disertaciones, explicadas en la Universidad de Harward-Massachussets— el 20 de marzo de 1954. Posición dialéctica sintetizada en el *slogan* «vivir y dejar vivir».

Stevenson aborda un problema, respecto del cual se polemiza arduamente desde 1945: compatibilidad del mundo libre, respecto de los Estados abarcados por la política anexionista de la U. R. S. S. En otros términos: si el duelo Wáshington-Moscú es inevitable o si es cierta la interpretación, a cuyo tenor cabe la posibilidad de una convivencia entre los regímenes políticos, imperantes en Rusia y en Norteamérica. Esto es, si pueden convivir el neocomunismo ruso y la concepción cristiana del mundo occidental. Stevenson reconoce que el mayor obstáculo con que tropieza la puesta en práctica de la citada coexistencia, dimana de «la creencia soviética, en inevitabilidad de un conflicto entre el mundo libre y el comunismo». Stevenson no ofrece una explicación percatante de cómo esa creencia puede compaginarse con el *slogan* «vivir y dejar vivir» y sin duda por ello apela a una sedicente explicación, a tenor de la cual, la actual incompatibilidad puede atenuarse, por el impacto que sobre la misma deje el transcurso del tiempo, trans-

formando en torno lo que es hoy picudo. Recurre Stevenson a la alegación de una experiencia histórica: la del cristianismo y la religión mahometana; una y otra concepción perdieron lentamente su primitiva irreductibilidad, hasta desenlazar en la instauración de un *modus vivendi*. ¿Por qué el tiempo, que todo lo atenúa, no puede implicar la dulcificación de los términos del actual dilema?

Stevenson ha esgrimido un argumento histórico que estimamos desafortunado, si tenemos en cuenta que Oriente y Occidente, discrepantes en sus respectivos credos, ofrecían la nota común de cimentar sus respectivas concepciones sobre una idea de tipo religioso. No es ese el caso de la U. R. S. S., cuya política es no solamente irreligiosa, sino antirreligiosa. Agregar, como lo hace Stevenson, que el peligro de destrucción atómica que sobre nosotros se cierne, actuará como detergente de toda veleidad castrense, no implica una alteración sustancial de los términos del problema, ya que la incompatibilidad de dos mundos, como el cristiano y el soviético, no es episódica sino sustancial, y establecer un compromiso —cual Stevenson propugna— entre Oriente y Occidente, no excedería de la condición de una pura tregua y la tregua es, en definitiva, un episodio interpuesto entre dos conflictos armados, uno consumado y otro en estado de latencia.

THE NEW LOOK

Nuevamente torna a ser exhumada una famosa Filipica de Demóstenes (Demóstenes, «Contra Filipo», *Filipica* 1.^a, 38-41, edición de Teubner). Originariamente fuera traída a colación por el embajador hindú Massani; más tarde aducida por Foster Dulles en un famoso artículo aparecido en la Revista *LIFE* (19 de mayo de 1952), trabajo titulado «Por una política de audacia». También alude a ese famoso texto el general Albert Wedemeyer, que con impresionante videncia ofreciera una acertada disección respecto de los errores incluidos en la sedicente política de *contención* Truman-Acheson; pero Wedemeyer nos brinda una versión tan exageradamente libre de la citada *Filipica*, que no resistimos a la tentación de ofrecer a los lectores de esta REVISTA una traducción, lo más exacta posible, de la parte de la *Filipica* que interesa conocer. He aquí lo que Demóstenes reprochaba a los atenienses: «Si cuan-

to uno omite por no molestar, lo omitieran también los hechos, habría que hablar con gusto al pueblo; pero si las palabras agradables, no siendo convenientes, resultan dañosas, es vergonzoso engañarse y diferiendo todo lo que consideramos difícil, llegamos tarde a todos partes y no deducir que los que usan bien de la guerra, no deben marchar a remolque de los hechos, sino adelantarse a los mismos y del mismo modo que se solicitaría del general que dirija a los ejércitos, así también, los que deliberan deben dirigir los hechos para que se realice lo que a ellos les parezca bien y no se vean forzados a marchar a remolque de los acontecimientos. Vosotros, los atenienses, teniendo más fuerza que todos, triremes, hoplitas, caballería, recursos, hasta hoy nada de esto habéis usado jamás en lo necesario y poco os falta para guerrear contra Filipo, como pelean los bárbaros. Porque en éstos el golpeado se atiene al golpe y si se le pega en otra parte, allí están sus manos; pero ni sabe, ni quiere defenderse, ni mirar al contrario, y vosotros si sabéis que Filipo está en el Quersoneso, acordáis llevar allí el auxilio; si en Pilas, acudís allí; si está en cualquier otra parte, corréis arriba y abajo y sois juguete de su estrategia; mas nada habéis acordado vosotros mismos que convenga a la guerra, ni habéis previsto nada con anterioridad a los hechos, hasta no saber que algo ha ocurrido o está ocurriendo. Esto quizá fuese posible en otro tiempo, pero ahora llegáis a un momento crítico y ya no cabe hacerlo». (Demóstenes, «Contra Filipo». *Filípac* 1.^a, 38-41. Edición de Teubner.)

Interesa tanto como el conocimiento de la anterior *Filípica*, referirse al clima histórico que inspiró a Demóstenes su famosa diatriba. Vivimos el año 357 antes de Jesucristo. Luchan entonces, frente a frente, Grecia y Macedonia y la pugna se desarrolla en las siguientes circunstancias políticas, geopolíticas y militares. Se había evidenciado la incapacidad de Atenas, Esparta y Tebas para organizar la Hélade; el peligro viene de Macedonia, ante cuya amenaza pide vanamente Isócrates la aglutinación de los amenazados (como hoy se insta inútilmente a Francia para que otorgue su aprobación al tratado de 27 de mayo de 1952, punto de arranque de una posible integración europea, aglutinación que constituiría el único antídoto posible frente a la presión y el peligro proveniente del Este). Los factores centrífugos que minan a Grecia contrastan con las fuerzas centrípetas hábilmente manipuladas por Filipo de Macedonia, el cual convierte a su patria en

base nuclear de una integración tan fuertemente construída que permitirá a su hijo Alejandro emprender la conquista del mundo.

La experiencia de Filipo no pasó inadvertida a los ojos de los modernos geopolíticos. Así, Mackinder dice que Filipo supo captar las posibilidades que a su pueblo brindaba la geopolítica; a la dispersión ateniense, opuso Filipo la cohesión macedónica; a la política, claramente reactiva, de los atenienses —que tanto recuerda a la política de *contención* de Acheson— opuso Filipo la acción y el espíritu de audacia, hermanados inteligentemente a la prudencia y a la astucia; no se embarcó Filipo en una aventura impremeditada; calculaba los riesgos y se atenía indefectiblemente a las posibilidades a su alcance. Así resultaba ser Filipo de Macedonia el primer artífice del sistema de la *guerra fría* y para que el paralelismo entre aquella alejada experiencia histórica y el trance postbélico actual resulte más evidente, no debe olvidarse que así como 351 años antes de J. C. luchaban frente a frente y con distintas posibilidades epilógicas una talasocracia —Atenas— y una geocracia —Macedonia—, igualmente hoy aparecen como encarnando los factores antitéticos de una pugna potencial y acaso irremediable en su epílogo, la geocracia rusa y la talasocracia norteamericana. Finalmente, y como complemento del paralelismo que venimos registrando, recordemos cómo Demóstenes acusaba a los atenienses de malogradores de su evidente superioridad respecto de Macedonia (trirremes, hoplitas, caballería), reproche que puede hoy referirse a los Estados Unidos, que teniendo a su disposición elementos destructivos impresionantes (la bomba H., 750 veces más poderosa que la arrojada sobre Hiroshima) no han sabido retirar provecho de esa superioridad potencial y dejaron en manos de Rusia la iniciativa, protagonismo dialéctico y fáctico, que permitió a Rusia construir esa máquina sembradora de inquietudes y perplejidades, que conocemos con la denominación, un poco ambigua, de la *guerra fría*. El precedente reproche, tan insistentemente esgrimido por los detractores de la política de *contención*, no resulta ser tan irrefutable como a primera vista pudiera considerarse, ya que sus aductores ignoran, o pretenden desconocer, lo que en materia de coyunturas significa para Rusia, de un lado; y de otro, lo que en el período de evolución alcanzado por la política internacional de la U. R. S. S., significa su sistema de presión, que proyecta y acentúa en lugares, previa y cuidadosamente elegidos a lo largo de un frente de más de 30.000 kilómetros de extensión. Con-

considera Rusia que se encuentra situada en el período epilodal de su política expansiva, que habrá alcanzado consumar, si logra un día controlar la periferia marítima del inmenso bloque eurásico; en contraste, los Estados Unidos, instalados tan sólo y como excepción, en la punta de la península coreana, en el mejor de los casos, se encuentran situados en el período inicial, imprevisible en su desarrollo y salpicado del riesgo inherente a toda nación que tiene ante sí la tarea de acentuar su penetración, partiendo de la periferia y con el designio de adentrarse en las líneas interiores, hoy controladas por la U. R. S. S.

A la anterior consideración es preciso agregar otra que la complementa: Rusia no vacila en desencadenar agresiones de tipo indirecto, a través de colaboradores sumisos, ofensivas que los Estados Unidos no pueden llevar a cabo por ser prisioneros de una táctica, respecto de la cual no quieren departirse y que consiste en no patrocinar acciones de tipo agresivo. Este es el doble *handicap* que ha actuado hasta el presente como factor condicionador y elemento paralizante de la política internacional norteamericana. Así fijados los términos del problema y en tanto no se alteren sustancialmente, la ventaja estará siempre del lado de Rusia. Porque la táctica norteamericana ha consistido en replicar de modo emergente y topográficamente circunscrito, a reserva de entablar después negociaciones con el agresor; ello equivale a convertirse en esclavo de la ineficiente política de contención. Contener equivale a replicar condicionadamente, y cuando se pretende no tan sólo arrojar al agresor del punto de partida y empujarlo más allá de un sedicente y monstruoso santuario (como acontece con el manchuriano), se decreta la destitución fulminante de quien esgrime un argumento impresionante, a saber, que la victoria, para tener la condición de tal, ha de ser llevada hasta sus últimas y lógicas consecuencias. Pocas veces, a lo largo de la historia, se ha facilitado tan acentuadamente la tarea del agresor como ha sido el caso de los Estados Unidos respecto a esos abcesos de fijación que Rusia instala en donde lo juzga propicio, a efectos de mantener pluralmente la iniciativa y prolongar la táctica de las incertidumbres, manipulando el sistema de la *guerra fría*.

Ya en 1952 y en el artículo de que hacemos precedentemente mención, Foster Dulles había señalado lo inadecuado del sistema que él bautizaba con la denominación de «política de la noria» (esfuerzo en un lugar determinado, hasta llegar a la extenuación,

como es ahora el caso de Francia en Indochina). De entonces arranca la puesta en acción de una ofensiva dialéctica, frente a la táctica, reactiva y topográficamente limitada, de la política de *contención*, y así, de reproche en reproche y tras sucesivos retoques, se ha podido construir el sistema del *new look*, que sería la política internacional inspirada en la teoría del riesgo calculado. ¿En qué consiste esa nueva versión de la política internacional norteamericana? Sustancialmente, en respaldar una tesis, a cuyo tenor, cuando los Estados Unidos comprueben la clara existencia de una agresión directa o indirecta desencadenada por Rusia o por China a instigación de la U. R. S. S. en algún punto del extenso frente que arranca del Norte de Finlandia y llega al estrecho de Behring, no deben limitarse —como ha sido el caso en Corea y como es aún realidad en Indochina— a empujar al agresor hasta su punto de partida, en espera de que este último reincida en su acción cuando lo estime oportuno; la medida de la reacción como réplica a la agresión ha de establecerse de acuerdo con el sistema del riesgo calculado; no puede, por tanto, predecirse de antemano hasta dónde llegará la reacción, ya que ello dependerá de las circunstancias específicas cuyo conjunto provee de fisonomía concreta a una determinada agresión. Precisamente en la indeterminación de la contraofensiva radica el riesgo que se cierne sobre el agresor; por tal motivo, al no poder ser objeto de cálculo exacto, el grado reactivo de quien respalda al agredido, ello inducirá al atacante a pensarlo tres veces antes de desencadenar una acción violenta.

Hasta el presente, Rusia tenía a su favor una seguridad: la de que, en el peor de los casos, los Estados Unidos se limitarían a replicar, sin exceder en la reacción defensiva a lo que topográficamente fuera ofensiva inicial de la U. R. S. S. En lo sucesivo el agresor verá incrementados sus riesgos, pues aun cuando no indefectible, tampoco puede asegurarse de antemano que los Estados Unidos no repliquen con una terrible acción nuclear, como duplica a la acción agresiva de Rusia y si la causa explicativa de la vigencia de la *guerra fría*, no era otra que la seguridad de las reacciones norteamericanas topográficamente limitadas, ahora los Estados Unidos parecen decididos a ser ellos los que puntualicen la medida del riesgo y en ese amplio campo de reacciones norteamericanas, no puede decirse de antemano que Rusia o China en sus zonas vitales no acusen las consecuencias de un ataque en profundidad aérea desencadenado por los Estados Unidos.

Estamos, por tanto, asistiendo al período inicial, a lo largo del cual probablemente asistiremos a una inversión en lo que atañe al modo de plantearse los problemas de la política internacional postbélica y todo hace suponer que cuanto había sido hasta el presente coyuntura rusa, va a convertirse, irremediamente, en posibilidades al alcance del protagonismo norteamericano. Eso es lo que porta en sus entrañas la política internacional estadounidense, que constituye el sistema del *new look*.

RUSIA Y LA O. T. A. N.

Una alianza internacional no puede concebirse más que en cuanto propósito de acción, articulada frente a un peligro próximo o remoto, pero previsible. Así, como un ejemplo que sería dable pluralizar, podemos citar la recíproca y coetánea existencia de la Triple Alianza y de la Triple Inteligencia. Al propio tiempo, las alianzas se construyen e idean en cuanto instrumentos adecuados para posibilitar el establecimiento de un relativo equilibrio de fuerzas, tanto más apetecible cuanto más evidentes son los riesgos de instaurar la vigencia de una hegemonía más o menos amenazante. No es otra la causa explicativa de la aparición del Pacto Atlántico, convenio defensivo cuya conclusión no sería realidad sin la preexistencia de una amenazante hegemonía soviética. Tan innegable era el riesgo que se cernía sobre el mundo libre, que por primera vez desde 1776 (si se exceptúa el pacto entre Estados Unidos y la Francia monárquica, en definitiva nunca ejecutado) es cuando Norteamérica se decide a poner en práctica una medida que resulta ser revolucionaria en los anales de la política internacional estadounidense, consistente en signar un tratado de alianza con otras trece naciones, la mayoría de las cuales son europeas. No se ha prestado la debida atención a ese síntoma revelador de cómo se ha producido una auténtica inversión en el sistema de las alianzas; aludimos a la circunstancia de ser signatarios del Pacto del Atlántico Inglaterra y Francia, que, respectivamente, el 26 de mayo de 1942 y el 10 de diciembre de 1944, signaran con Rusia un tratado de alianza y asistencia mutua con vigencia hasta 1962 y 1964. El Pacto Atlántico constituye un instrumento defensivo y precautorio frente a la amenaza proveniente de la potencia paradójicamente aliada a Inglaterra y a Francia, y como no se adivina el modo de

compaginar las cláusulas del Pacto Atlántico y las estipulaciones de los tratados de 1942 y 1944, será preciso colegir que lo posterior anula a lo precedente, y establecida dicha consecuencia debemos no olvidar que el Pacto Atlántico se concierta con el objetivo de «unir los esfuerzos de los contratantes para su defensa colectiva y para el mantenimiento de la paz y de la seguridad». No se limita a esa misión el objetivo perseguido por los pactantes, ya que no sólo unen las fuerzas existentes en el instante de concertar el tratado —año de 1949—, sino que, según dispone el artículo 3.º del Pacto Atlántico, «mantendrán y *acrecentarán* su capacidad individual y colectiva de resistencia ante un ataque armado».

Comprenderá el lector que toda esa serie de precauciones no se adoptan para hacer frente a un peligro de tipo abstracto; de ahí que el objetivo primordial del Pacto Atlántico se cifre en el deseo de atenuar el desequilibrio de fuerzas del período posbélico, generado por el contraste existente entre el monolito soviético y la dispersión —prácticamente indefensión— del mundo libre.

Expuesto lo que antecede, ya disponemos de elementos de juicio para no considerar aventurada la siguiente afirmación: no puede encontrarse otro motivo explicativo de la conclusión del Pacto Atlántico (véase Camilo Barcia Trelles: *El Pacto del Atlántico*. Editorial Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950) que la preexistencia de una hegemonía rusa, a la cual la U. R. S. S. no quiere renunciar, ya que la ha convertido en instrumento de su política internacional posbélica. De ahí que, más o menos imperfectamente, en 1949 pudo inaugurarse un nuevo período de la historia posbélica, cuyos designios finalistas no son otros que los de un posible rescate del protagonismo, encarnado en el mundo occidental. Pese a las notorias imperfecciones del Pacto Atlántico y no obstante el ritmo lento a que se lleva la conclusión de los tratados que lo complementan (el convenio de 27 de mayo de 1952 instituyendo la Comunidad Europea de Defensa) se aprecia un perceptible descenso en el monopolio de la iniciativa, vinculada hasta 1949, sin plural, en Rusia. Todos los síntomas de avenencia, más o menos aparentemente atribuidos a la crisis política abierta en Rusia con la desaparición de José Stalin, deberán ser explicados por la amonación del desequilibrio de fuerzas en presencia y a causa del progreso y fortalecimiento de una tendencia orientada hacia la integración del mundo libre.

Es en el citado período testigo de cómo se altera la relación de

fuerzas en presencia, cuando Rusia, deseando sin duda batir su propio record, sorprende al mundo occidental solicitando el ser incluida en la O. T. A. N., petición tan extraña que uno no acierta a explicarse por qué y para qué fué formulada, como no quiera acudir a una explicación que nadie aceptaría como convincente y que podría ser la siguiente: es tanto lo que Rusia fía en la bien acreditada miopía de los occidentales, que no vacila en intentar su infiltración en el dispositivo defensivo del mundo libre, ingresando oculta en el caballo de Troya, con lo cual alcanzaría una doble finalidad: 1.ª, convirtiendo en impracticable el tratado de 27 de mayo de 1952 (ya que una vez admitida Rusia en la O. T. A. N. carecería de razón de ser la puesta en vigencia del Tratado instituyendo la Comunidad Europea de Defensa); 2.ª, incrustándose en el baluarte atlántico, ingreso que le permitiría actuar en la medida requerida para dejar el Pacto del Atlántico reducido a la condición de inoperante. Se aprecia tan diáfananamente lo que hay de increíble torpeza en la sugerencia rusa, que sólo podemos explicarla como un nuevo factor episódico, destinado a fortalecer las sedicentes *ofensivas de paz* que Rusia viene desencadenando desde 1947, *ofensivas de paz* cuyo designio consiste en ofrecer la impresión de que el mundo posbélico es un mero episodio y, por tanto, no le resta a la humanidad de las trasguerra otro remedio que el de vivir anhelosamente al día, generándose así una psicosis de inestabilidad, clima propicio para prolongar la vigencia de la *guerra fría*.

Ahora se explicará el lector de esta REVISTA el porqué de la sorpresa —que para nosotros no lo es— que originó el Departamento de Estado cuando, sin consultar con Francia e Inglaterra, se mostró inclinado a no establecer diálogo respecto de esa sorprendente sugerencia rusa. Nosotros disentimos de la tesis rehusiva de Wáshington; estimamos que el diálogo debió entablarse, llevando el problema al único terreno dialéctico aconsejable: que los Estados Unidos requiriesen de Rusia, no ya una justificación (que sería imposible), sino una explicación clara de los designios que animan a Rusia al formular su citada propuesta; con la formulación de tal exigencia se cortaría lógicamente el diálogo, en tanto ahora el truncamiento que implica la negativa norteamericana deja abierto el camino para que el observador imparcial vea incrementada su perplejidad, e incluso alguno de los espectadores deduzca que de Rusia provienen los deseos de avenencia y los obstáculos

dimanan de la sedicente incomprensión norteamericana. Deducir en el sentido que antecede constituiría una monstruosidad, pero está de tal modo alterado el equilibrio espiritual en estos tiempos posbélicos, que toda la claridad puesta en acción por quienes aspiran a ser voceros del mundo libre nos parecerá siempre poca.

LA TÁCTICA DEL APLAZAMIENTO

Remitimos estas líneas a la imprenta cuando finaliza el mes de abril, siendo todavía experiencia que pertenece al futuro la que pueda ofrecernos la convocada reunión de Ginebra. Un clima de preocupante indeterminación se percibe en los medios diplomáticos, y sin duda, con el propósito de reemplazar lo inconcreto por lo determinado, ha venido Foster Dulles a Londres y a París. No debe causarnos sorpresa ese afán de concreción viviente en el espíritu del secretario de Estado norteamericano. Es cierto que para muchos obcecados todavía pertenece al terreno litigioso lo concerniente al asentamiento del *dirigismo* norteamericano, pero los hechos, dentro de la imprecisión imperante en los medios diplomáticos occidentales, parecen concurrir en el sentido de fortalecer la tesis de la irremediabilidad del protagonismo norteamericano, registrándose la increíble paradoja de que aquellos que motejaban a los Estados Unidos el no ponerse a tono con la responsabilidad acusada que el destino había colgado de los hombros norteamericanos, obstinándose algunos dirigentes trasatlánticos en la práctica de un indisculpable desistimiento, son los que ahora reprochan a Norteamérica la puesta en práctica de una especie de satelitismo atenuado, sosteniendo que es un problema de grado y no de sustancia el pertenecer al mundo controlado implacablemente por Rusia o al sector occidental, respecto del cual los Estados Unidos pretenden actuar en posición de columbramiento y empujados por esa construcción dialéctica, los detractores consideran todavía factible el desentenderse del duelo Washington-Moscú. Todos estos esfuerzos citados, en esencia no implican otra consecuencia que el prolongar el estado de peligrosa indeterminación y de preocupante perplejidad, ambas perceptibles máculas del mundo occidental.

Cuanto dejamos reseñado sorprende e inquieta a la vez a Foster Dulles, cuya posición dialéctica no ha sido construída ahora de modo precipitado, ni es fruto de una improvisación, como tal

expuesta a reparos de más o menos acusada contundencia dialéctica. La verdad es que Foster Dulles camina como prisionero irremediable de su propia lógica. Toda la argumentación del Secretario de Estado norteamericano se encuentra sustancialmente contenida en el artículo de *Life* a que aludimos en otra parte de estos comentarios, cuya tesis fuera articulada con propósitos de permanencia y que en esencia gira en torno de una aspiración: rescatar la iniciativa diplomática que Rusia viene virtualmente monopolizando desde 1945 y a cuya preeminencia no parece dispuesta a renunciar la U. R. S. S. en tanto la miopía de sus oponentes siga constituyendo un obstáculo y un notorio *handicap*. Es así como se ha entablado un duelo dialéctico cada vez acusado con más visibles perfiles; de un lado, Norteamérica pretende clausurar este período de indeterminación que pesa sobre el mundo occidental; de otro, los que debieran ser colaboradores decididos de Washington, sabedores de que una ausencia norteamericana daría al traste con toda posibilidad del restablecimiento del equilibrio de fuerzas, y no decidiéndose a oponer un *non possumus* a las solicitudes estadounidenses, apelan al socorrido sistema de aplazar las decisiones, sin darse cuenta de que la complejidad inherente a todo problema internacional del período posbélico se acentúa en la misma medida en que el transcurso del tiempo, al prolongar la perplejidad, incrementa la dificultad de solucionar los problemas pendientes. Esta táctica del aplazamiento sistemático impera tanto en los medios ánglicos como en los franceses y constituye la única constante dialéctica de ambas naciones europeas. Unas veces el diferimiento quiere justificarse alegando la celebración próxima de elecciones generales o presidenciales, a las cuales se atribuye carácter decisivo; en ocasiones es la concertada reunión de una conferencia internacional —generalmente celebrada a instigación de la U. R. S. S.— lo que se aduce como justificante del aplazamiento; así sucedió con la pasada conferencia cuatripartita de Berlín y ahora torna a ser realidad, alegando que en vísperas de reunirse la conferencia de Ginebra —igualmente debida a la propuesta de Rusia— no parece oportuno adoptar resoluciones que, o bien dificultarían las posibles tareas de avenencia de dicha conferencia o proveerían a los discrepantes del otro lado del telón de acero de un argumento aparentemente impresionante: alegar que los occidentales, caso de prosperar la propuesta de Foster Dulles —conclusión de un acuerdo defensivo respecto del Sudeste asiático y del Pacífico occidental—

virtualmente habían adoptado una clara posición de beligerancia potencial respecto de los dos colocutores ginebrinos —Rusia y la China de Mao—. El argumento, aislada y específicamente valorado, puede ser en cierto modo considerado como relevante; pero no es así como debe enjuiciarse tal afirmación; antes bien debe retenerse como un eslabón más en esa cadena de las indeterminaciones y de los aplazamientos que viene construyéndose en los medios occidentales desde 1945. Dicho en otros términos: que esa tesis occidental, más de tipo procesal que sustancial, si bien se considera no sirve para otra cosa que para prolongar la vigencia de la *guerra fría*. Ello explica cumplidamente el que Rusia guarde un absoluto silencio, mutismo que no siente la necesidad de trunchar, en tanto de Occidente lleguen a la U. R. S. S. señales inequívocas de que en los medios occidentales se practica de modo sistemático la tesis de no adoptar resoluciones que se consideren como irremediabiles y comprometan a la acción. Lo que debieran tener presente los objetadores occidentales es la verdad, reflejada en la por nosotros alegada filípica de Demóstenes, donde se contiene una tesis que ni ha perdido vigencia ni puede nunca considerarse como anacrónica, a saber, que quien se atiene de modo sistemático a la réplica frente a la acción, no hace otra cosa que ir escribiendo sumisamente la historia al dictado de quien monopoliza la iniciativa; la tesis tiene hoy la misma vigencia que aquella de que era portadora cuando Demóstenes señalaba que Filipo de Macedonia, por ser monopolizador de la acción, podía retirar tales provechos de su posición dirigista, que había de posibilitar a su hijo Alejandro el pensar seriamente en la conquista del mundo, y no es otra cosa lo que está en juego en los instantes presentes, ya que, acaso por primera vez en la historia del mundo, el equilibrio político no se ventila dentro del área europea, sino que se extiende virtualmente a los cinco mundos y a los siete mares. De la existencia de esta verdad, innovadora y aleccionadora a la vez, es de lo que parece no haberse dado cuenta ese sector del mundo europeo que se obstina en respaldar la tesis a virtud de la cual no debe considerarse como irremediablemente absoluta la táctica del avestruz.

CAMILO BARCIA TRELLES